

# CAPÍTULO 1



—Y, por último, en tercer lugar, hermanos... —concluyó la voz de padre. Y di un respingo.

«Por último». Eso significaba que en unos diez minutos acabaría el sermón y el señor Wister tocaría al órgano *Onward, Christian Soldiers*. ¡Porras! Acababa de hacerme con el precioso lazo de seda rosa del sombrero de Rosie Day. Estaba completamente extendido, resplandeciente a la cálida luz del sol de mediodía que inundaba la capilla y listo para que le cortara un traje nuevo a mi hombrecillo. ¡Porras! ¡Porras y requeteporras! Ahora no tendría tiempo para hacerle uno adecuado a menos que fuera durante el himno, y no quería perdérmelo. Era uno de mis favoritos. Le pedí a padre ese himno en concreto y, como era mi cumpleaños, accedió con su sonrisa distante.

Le había prometido a mi hombrecillo la seda rosa el domingo pasado, pero debido a la lluvia Rosie Day acudió con el viejo sombrero de terciopelo negro. Y la semana anterior también se lo había prometido, pero no tuve tiempo, pues primero le hice uno con el satén marrón del sombrero de la señora Bowers. Se llevaría una terrible decepción y se ofendería un poco, y a decir verdad todo sería culpa mía. Porque en el fondo sabía que de hecho no quería cortar la seda rosa. Era un lazo precioso; tan grueso y tan suave y, a la vez, tan tieso; tan vivo y radiante. Los dedos me hormigueaban por cortarlo, darle forma y coserlo; por convertir el tejido en un trajecito encantador y adornarlo con un pedazo de la fascinante puntilla que

decoraba el sombrero de paja de Elsie Beedles. No dejaba de pensar que mi hombrecillo estaría muy guapo con él.

No obstante, en realidad no quería cortar la seda. Al hacerlo, se acabaría. No habría más. Si no lo hacía, siempre estaría ahí; un precioso trajecito que podría confeccionar cuando quisiera...

La gente empezó a removerse, a estirar la espalda encorvada y a aclararse la garganta para el himno. Así que, de todas formas, ya era demasiado tarde.

—No te preocupes —le susurré a mi hombrecillo—, te haré otro el domingo que viene. Uno muy especial y bonito. —Lo levanté de mi regazo y lo deposité con cuidado sobre la repisa de barniz amarillo que tenía delante. Parecía muy dolido—. ¡No te preocupes! —le repetí.

—¡Shh! —susurró madre, poniendo su cara de capilla.

Vi a Sylvia darse la vuelta para mirarme con aquella irritante sonrisita de superioridad que yo tanto deseaba aplastar con una bofetada, aunque nunca lo hacía.

El órgano comenzó a tocar y el coro se levantó por detrás de padre. El lazo rosa de Rosie Day flameaba a la luz de la ventana, y ahora sí que me alegraba de no haberlo cortado. Algún día lo haría; sentiría el brillo de las tijeras rasgar el precioso tejido y me haría con él. Pero todavía no. De una manera confusa, sentía que, mientras no lo tuviera, sería más mío que nunca. Después, lo habría perdido.

«Adelante, soldados de Cristo».

El coro comenzó a cantar, y todos lo seguimos; al principio a trompicones, pero poco a poco fuimos siguiendo el ritmo y formando un todo unido. El sol bañaba los estandartes de colores; las piedras resonaban a nuestros pies. Y ante nosotros, distante, brillaba la cruz convertida milagrosamente en oro.

Me dejé llevar; las legiones de Satán huyeron, se estremecieron los cimientos del infierno. Adelante, adelante, soldados de Cristo...

—No grites tanto, Ruan —me dijo madre al oído.

Al instante dejé de cantar. Varias personas me miraban con expresión divertida, y me di cuenta de que había vuelto a «llamar la atención». Sentí que me acaloraba mucho y supe que tenía un aspecto horrible... Los estandartes palidieron; la cruz volvió a ser la misma y me dejó sola. No había ningún poderoso ejército. Solo Rosie Day y la señorita Gault y el señor Binns y los Galloway situados a ambos lados del señor Wister y berreando como si les fuera la vida en ello, y un montón de adultos aburridos deseando irse a almorzar lo antes posible.

Miré a Sylvia. Cantaba en voz baja, con recato, sin llamar la atención lo más mínimo; se comportaba, como siempre hacía, con exacta corrección. Me sacaba de mis casillas. Me quedé mirándola hasta que reparó en mí.

—¡Míster Wister! —articulé en silencio, y tuve la satisfacción de verla titubear.

El pobre Alfred Wister era una fuente inagotable de bromas. Además de organista, era el maestro del coro, y lo dirigía agitando y meneando la cabeza, tocando notas incorrectas a la vez que se daba la vuelta y lanzaba miradas furibundas a los infractores de un modo que nos resultaba de lo más divertido. Bastaba su nombre para que nos partiéramos de risa en la capilla, aunque en casa no nos parecía ni la mitad de gracioso.

«Míster Wister, míster Wister», nos susurrábamos la una a la otra, mientras nos desternillábamos. Una vez, el pobre hombre faltó porque le había salido un forúnculo y no podía sentarse, y padre oró por «nuestro hermano convaleciente». Me vino la inspiración y le susurré a Sylvia: «¡Míster Wister tiene un quiste!». En cuanto salió de mi boca, la extraña belleza de mi ocurrencia me superó y tuvieron que sacarme de la capilla ahogada de risa y abochornada.

Esa mañana, sin embargo, la broma no dio en el blanco; Sylvia volvió a cantar y yo volví a mi aflicción hasta que se acabó el himno y padre dispensó la bendición.

—Que la paz del Señor, que rebasa todo entendimiento, colme vuestros corazones y vuestras mentes con el conocimiento y el amor de Dios.

Jamás he oído pronunciar esas palabras con mayor belleza que cuando las decía mi padre. Si no tuviera otra cosa que agradecerle más que esa, ya sería suficiente. Poseía una voz excepcionalmente dulce, profunda y pura. Y, cada semana, durante un fugaz instante, la paz del Señor, que rebasa todo entendimiento, colmaba en verdad mi pequeño corazón y mi atribulada mente. Aunque, para mi desgracia, solo duraba un instante.

Siempre me enfurecía que, en lo más elevado de mi exaltación, unos cuerpos cálidos y lentos se pegaran al mío en un deambular sin rumbo por el pasillo de la iglesia, que me dieran palmaditas unas odiosas manos enguantadas y hasta me obligasen a aceptar besos en las mejillas.

«¿Qué tal, corazón?», exclamaban sus vozarrones, mientras el señor Wister tocaba melodías vivaces y juguetonas para animarnos. Risas corteses resonaban por encima de mi cabeza, y yo me escabullía y empujaba y me abría paso hasta librarme de todos ellos y lo-graba salir por fin al aire libre. Pero, para entonces, la paz del Señor se había esfumado hasta la semana siguiente...

La capilla estaba a unos tres kilómetros de casa, pero, a menos que las circunstancias fueran extraordinarias, debíamos recorrerlos a pie. El tiempo que hiciera era lo de menos. Íbamos bien calzadas, llevábamos chanclos y capas impermeables y unos paragüitas estúpidos que entorpecían a todo el mundo y servían para todo menos para lo que se habían fabricado, y nos decían que tuviéramos cuidado de no hacernos daño. He de decir que nunca nos lo hicimos, no, pero estaba lejos de ser una caminata inspiradora. La capilla se encontraba en el barrio más antiguo de la ciudad, junto al canal, y estaba rodeada de horrorosas fábricas e interminables calles de casuchas cuyas puertas abiertas nos permitían vislumbrar una existencia sórdida y, en ocasiones, temible, incomprendible para nuestras mentes

bien educadas. Mujeres desaseadas, de pie ante la puerta de las casas, nos observaban al pasar. Tanto a Sylvia como a mí nos aterrizaron aquellas mujeres y sus groseros hijos, que a menudo nos miraban mal o nos jaleaban o hacían movimientos repentinos para asustarnos. Sylvia y yo íbamos muy juntas, cogidas de la mano y, por una vez, contentas de hacerlo, mirando al frente tal y como nos habían dicho que hiciéramos. Madre caminaba delante con la señora Bowers y la señora Galloway.

Qué bien recuerdo esas calles en aquella calurosa mañana de junio de mi séptimo cumpleaños. Las casuchas apiñadas de oscura piedra gris; las estrechas aceras llenas de basura que madre esquivaba con su delicadeza habitual; las faldas de cachemira granate recogidas; el olor de col hervida, y otros olores menos agradables; el ruido del Ejército de Salvación en la esquina, y una risa de hombre, tosca, indescriptiblemente brutal, que gruñó:

— ¡Ahí llegan las santas!

— ¿Se refiere a nosotras? —le pregunté a Sylvia.

— Sí.

— ¿Somos santas?

— Eso espero —replicó complacida.

La idea me perturbó. De alguna manera me parecía incorrecto que hiciéramos alarde de santidad delante de aquella gente que estaba condenada sin remedio. Sentí que tenían todo el derecho del mundo a ponernos la zancadilla o a arrojar el agua de hervir sus coles sobre nuestros abrigos nuevos de alpaca color crema.

Entonces me asaltó otro pensamiento más terrible: ¡Mi hombrillo! ¡Lo había dejado sentado en la repisa para los himnarios de nuestro banco!

Me detuve en seco y ahugué un grito:

— Tengo que volver. Ahora mismo. ¡Ven conmigo!

— ¿Volver? No puedes volver. No seas boba. No te has dejado nada.

— Que sí. Tengo que volver.

— Bueno, pues yo no voy. ¡Vas a meterte en un buen lío!

—No puedo evitarlo, me voy.

Me solté de su mano y eché a correr. Oí cómo Sylvia me llamaba, pero no me detuve. Nunca había estado sola en la calle y me moría de miedo, aunque no hubiera motivos. Un tipo rudo exclamó: «¡Echa el freno, muchacha!», pero nadie me tocó.

Casi toda la congregación se había marchado y temí que las puertas de la capilla estuvieran cerradas, pero seguían abiertas. Entré de puntillas en el atrio y abrí la puerta interior, que chasqueó como un disparo. La capilla estaba tan vacía que daba miedo. Me deslicé en silencio por el pasillo hasta nuestro banco. ¡Ay, mi pobre hombrecillo, llorando en la estrecha repisa, sentado con su traje de satén marrón, los minúsculos nudillos metidos en los ojos! Lo levanté, le di un beso y lo guardé en el bolsillo de mi abrigo de alpaca.

Entonces me di la vuelta y, mientras estaba un momento de pie en el pasillo, vi con estupor que no me hallaba sola en la capilla, pues padre seguía allí, rezando.

Me quedé inmóvil, agitando los pies con incomodidad, sin saber qué hacer. Como predicador, la imagen de padre rezando me resultaba familiar, pero verlo como hombre me avergonzó. Sabía que debía irme, pero no pude. Algo me hizo recorrer de puntillas el pasillo y situarme a su lado. Estaba arrodillado en el primer banco, mirando hacia el feo púlpito barnizado donde se alzaba semana tras semana, muy por encima de todos nosotros, con el rostro hundido entre sus manos largas y delgadas. Había algo terriblemente patético en él, y por primera vez caí en la cuenta de que padre no era más que un hombre corriente, como el señor Day o el señor Wister, o Dodds, que venía dos veces por semana a la puerta trasera con frutas y verduras.

Fue un impacto, si bien un impacto reconfortante, y en ese momento estuve más cerca de amar a padre que nunca antes... ni después.

Al instante levantó la cabeza. Y a mí, a pesar de lo pequeña que era, el corazón se me derritió de pena al ver el puro tormento escrito en su cara.

—Oh, padre —susurré—, ¿qué te pasa?

Se puso en pie deprisa y su rostro volvió a adoptar la máscara seria y distante que tan bien conocía.

—¿Qué haces aquí, Ruan? —me preguntó.

Boquiabierta, me quedé sin aliento. Ante cualquier otra persona habría adornado la verdad o habría mentido sin pensarlo, pero no ante mi padre. Jamás se me habría ocurrido nada semejante.

—He venido a por mi hombrecillo —musité.

—¿Muñecos en la capilla, Ruan?

—No, padre.

—Entonces, ¿qué?

No dudé. Puede que se enfadase, pero ni montaría una escena como madre ni se reiría como Sylvia. Incluso existía la débil esperanza de que lo entendiera.

—Es un... un hombrecillo de mentira. Es mi amigo. Lo llevo conmigo a todas partes y hablamos de todo tipo de cosas. Lo dejé en nuestro banco, así que tenía que volver por él, ¿sabes?

—¿Sola?

—Sí, padre.

Se quedó mirándome pensativo durante largo tiempo.

—Pero, si es un hombrecillo «de mentira», podrías haber fingido que no te lo habías dejado en el banco.

Negué con la cabeza. La débil esperanza de que lo entendiera se desvaneció sin remedio.

—Bueno, más nos vale volver a casa cuanto antes. Tu madre estará muy preocupada.

Salimos de nuevo a la luz del sol, cálida y olorosa. Padre apretaba el paso y yo tenía que correr para no quedarme atrás. Llevaba demasiada ropa como para gozar de comodidad o higiene. Cuando veo a las jóvenes de hoy con sus atuendos escuetos y sensatos, suspiro al recordar a aquella pequeña y robusta figura, con sus enaguas y perifollos, sus borceguíes abotonados y sus medias de lana y sus prietos guantes de algodón, su abrigo de alpaca bien

abrochado hasta la barbilla y su sombrero rígido de paja con el elástico tirante.

Pero no se me ocurrió quejarme. En aquellos días, en nuestra familia al menos, si los adultos caminaban rápido, los niños corríamos para no quedarnos atrás y punto.

—Ruan —dijo padre de repente—, la imaginación es un maravilloso regalo de Dios, que debe usarse con medida. Contrólala y será tu amiga. Dale rienda suelta y te destruirá. Al igual que el fuego, es un buen siervo y un mal amo. Creo que deberías deshacerte de tu hombrecillo.

—¡Oh, padre, no! —sollocé.

—Antes del próximo domingo —prosiguió implacable—. ¿Me das tu palabra?

—Sí, padre.

—Y, por haberte alejado de tu madre y haberle causado un disgusto, deberás aprenderte el salmo 121 y recitármelo esta noche.

—Eso no es un castigo —respondí enseguida—. Ya me lo sé. Entonces entoné las cadencias exuberantes y arrebatadoras:

Alzaré mis ojos a los montes, de donde vendrá mi socorro.

Mi socorro viene de Jehová, que hizo los cielos y la tierra.

Palabras. Siempre han sido la sustancia misma de mi vida. Palabras preciosas, brillantes, en cuyo fuego la lengua puede arder sin quemarse; ante cuyas trompetas el corazón se eleva extasiado o se hunde en el infierno; en cuyo color, forma y textura la mente se sumerge, anegada de belleza...

El sol no te fatigará de día, ni la luna de noche.

Jehová te guardará de todo mal: Él guardará tu alma.

Jehová guardará tu salida y tu entrada, desde ahora y para siempre.

El paso largo y presuroso de padre se relajó. Comenzó a repetir las palabras conmigo. Al acabar el salmo, seguimos con otro:

Jehová es mi pastor; nada me faltará.<sup>1</sup>

Y después, el bravo clarín de:

Cantad alegres a Dios, habitantes de toda la tierra.<sup>2</sup>

Así continuamos juntos por las calles ruidosas, pronunciando nuestras preciosas palabras; y me atrevo a decir que formábamos una extraña pareja: el pastor, alto y de negro, con su demacrado rostro de santo y el prematuro cabello blanco, y la niña robusta con sus borceguíes abotonados. No obstante, si alguien se rio de nosotros o nos miró con desdén, no nos dimos cuenta, así que ¿qué más da?

—¿Dónde has aprendido todos estos salmos? —preguntó padre.

—Los recitas tú en la capilla, padre. Y sé leer —añadí, orgullosa.

—Mmm, ¿cuántos años tienes, Ruan?

—Siete. Hoy cumplo siete.

—Ah, sí. Bueno, cuídate del pecado del orgullo, hija mía —observó con austeridad.



Como era mi cumpleaños, hubo pudín de Boston para almorzar. Tanner lo preparó con primor, rebosante de mermelada de frutos rojos que chorreaba por los laterales dorados, todo ello bañado en una espesa salsa blanca que sabía a mantequilla. Llegó a la mesa en un precioso plato antiguo con un motivo de sauces que habría hecho

<sup>1</sup> Salmos 23, 1. (*N. de la T., como todas las demás*).

<sup>2</sup> Salmos 100, 1.

que hasta la amenaza de macarrones resultase menos repugnante. Puede que Tanner fuera una vieja cascarrabias y, en numerosísimas ocasiones, como una piedra en el zapato, pero desde luego sabía cocinar.

En cualquier caso, el almuerzo dominical era todo un acontecimiento debido a la presencia de Clem.

Durante la semana, Clem comía con Tanner en la cocina. Tanner lo adoraba. En cambio, los domingos colocaban su trona junto a madre y Sylvia y yo nos turnábamos para ponerle el babero y cortarle la comida. Tenía casi dos años y era sin lugar a dudas el niño más dócil que jamás hubiera conocido. Todo el mundo lo quería. Todo el mundo, pienso a veces, menos madre. Quizás esto no sea cierto. Espero que no. Pero tiene algo de verdad. Había una curva pronunciada en el afecto de madre por nosotros, sus hijos. Sylvia, nacida en el culmen de su enamoramiento por padre, era la niña de sus ojos. Yo llegué dieciocho meses después, más o menos una intrusa en la feliz trinidad. El pobre Clem, sin embargo, trató de revivir un éxtasis que ya llevaba cinco años muerto.

Mi madre era de una belleza arrebatadora. No hay otra forma de describirla. Más bella, solía pensar yo, que aquella Helena cuyo rostro una vez lanzara mil naves al mar.<sup>3</sup> Y en verdad es muy probable que así fuera. Siempre he tenido serias dudas sobre un rostro que pudiera provocar una catástrofe a tan gigantesca escala. La belleza es algo por lo que vivir, no por lo que morir.

La cabellera de madre era la más larga que haya visto en ninguna mujer. Del dorado más puro, descendía en gruesas ondas acaracoladas más allá de las rodillas y brillaba como la seda. No se me permitía verle el cabello a menudo; en aquellos días se consideraba poco delicado aparecer delante de los hijos con escaso atavío; pero

<sup>3</sup> La frase alude al verso «Was this the face that launch'd a thousand ships / And burnt the topless towers of Ilium?», de la tragedia *Doctor Faustus*, de Christopher Marlowe (1564-1593).

en ocasiones, al despertarme de noche con algún miedo o dolor, veía aquella maravillosa cortina de oro vivo entre la luz nocturna y yo, y su hermosura siempre me robaba el aliento. Los ojos de madre eran marrones, con pestañas oscuras y rizadas, y su pequeña boca siempre se curvaba, fuera de alegría o de tristeza. Era alta y esbelta, y caminaba con gracia. Su ropa debía de estar raída, pues contábamos con poco más que el salario de padre para vivir, aunque la recuerdo siempre elegante y bien vestida, haciendo que la pobre Rosie Day y la señora Bowers y las demás mujeres de la capilla parecieran más feúchas, torpes y corrientes de lo que en realidad eran. Aquellas buenas mujeres la admiraban, la envidiaban y eran absolutamente incapaces de entenderla. Copiaban su ropa, al tiempo que ridiculizaban su acento suave y refinado. Decían que era demasiado presuntuosa, pero se enorgullecían si se las veía con ella en público. Pobre madre: se esforzaba mucho por ser una buena esposa de pastor, pero se pasaba el tiempo luchando contra sus propios instintos e inclinaciones.

Era la única hija de un terrateniente de los Shires;<sup>4</sup> un tipo de señor rural ruidoso y vociferante, extinto hacía mucho, de los que cazaba con su propia rehala y se pasaba los días en la silla de montar y las noches bajo la mesa del comedor, bastante afectado por el oportó añejo.

Cuesta entender cómo se conocieron padre y ella, y yo nunca llegué a saberlo; pero en efecto se conocieron y en efecto se enamoraron: él de su hermoso cuerpo y ella de su rostro de joven santo y su voz profunda e inolvidable. Se abrieron el uno al otro la puerta a mundos que les eran del todo desconocidos y ambos intentaron vivir en los dos: lo intentaron y fracasaron.

Pobre padre; pobre madre preciosa. Demasiado tarde aprendieron lo amargo que puede ser el compromiso. Durante tres años

<sup>4</sup> Condados rurales del sur y centro de Inglaterra, sobre todo Northamptonshire, Leicestershire y Rutlandshire, famosos por la caza del zorro.

conocieron un éxtasis y un tormento inenarrables. Y, después, solo quedó el tormento.

Sus hijos no supimos nada de todo esto. Madre no carecía de coraje y con valentía trataba de hacer de tripas corazón, adorando la belleza de Sylvia, enorgulleciéndose de mi inteligencia, cumpliendo su deber como esposa de un ministro inconformista<sup>5</sup> con fría determinación. Padre seguía el camino establecido, concienzudo, infatigable, distante. Y nadie podría haber sabido que su alma se hallaba en un tormento perpetuo porque, por un breve lapso, había amado el cuerpo de una mujer más que a su Dios.

El abuelo había reaccionado a la manera tradicional, repudiando completamente a su hija por su matrimonio. No tenía paciencia para santos ni para inconformismos, ni ilusión alguna sobre el amor romántico. En realidad, no tenía ilusión por nada salvo los caballos y el oportuno añejo. Murió de esto último poco después de la boda de madre. Y su hijo reinó en su lugar.

Así, madre llegó a padre con las manos vacías salvo cincuenta libras al año. Y con ella llegaron Tanner, unos retales de encaje genuino, la vajilla con motivos de sauces y un retrato al óleo de un caballo al que había adorado. Se llamaba Starlight. Jamás nos hablaba de él y, cuando nos sacaba a pasear y le rogábamos pasar junto a la escuela de equitación, siempre se negaba.

«Os echarían a patadas», solía decir con la voz impregnada de desprecio y, quizás, piedad.

Pero cuando era Tanner quien nos sacaba, a menudo pasábamos por ahí y, si estaba de buen humor, como a veces sucedía, nos hablaba de madre y de la preciosa casa de la que provenía, y de los caballos y los sabuesos, y de los bailes de cacería y de todo lo demás. Alzaba a Clem en brazos mientras los alumnos pasaban con el

<sup>5</sup> El inconformismo, o Iglesia Libre, agrupa a los cristianos protestantes que no cumplían con las costumbres de la Iglesia anglicana tras la firma del Acta de Uniformidad de 1662.

estrépito de los cascos a lomos de las enormes criaturas, jacas penosas algunas de ellas, aunque no carentes de nobleza.

«¡Mira el caballito!», solía exclamar. Y Clem daba saltitos en sus brazos y repetía: «¡To! ¡To!».

«Qué buena mano tenía vuestra madre con los caballos —decía Tanner, depositando de nuevo a Clem en su cochecito—. La mejor de los Shires. Cabalgaba recta como una flecha. Se pasaba la mitad de la noche bailando y, antes de que amaneciera, otra vez en pie, como un rayo por los campos con la mitad de los hombres del condado a la zaga».

Entonces echaba a andar, empujando el cochecito a paso ligero y sorbiendo por la nariz de una forma airada muy suya.

«Y ahora, ¡mírala! ¡Nada más que rezos y misiones en el extranjero, y todo el día cortando pololos de franela rosa hasta hacer llorar a los ángeles!».

Se agarraba una rabieta de espanto y, más pronto que tarde, terminaba propinándole a Sylvia un bofetón, sin otro motivo que ser la favorita de madre.

Una criatura extraña, Tanner. En aquella época debía de rondar los cuarenta años, pero a mí siempre me pareció una anciana, y jamás averigüé su nombre de pila. Amaba a madre con devoción y estaba terriblemente celosa de ella. A quien madre quería, Tanner odiaba en proporción a su amor. Así, a mí no me detestaba tanto como a Sylvia, mientras que al pequeño Clem le profesaba una adoración feroz e ilimitada que daba bastante miedo en sus manifestaciones.

No sé qué le pasaría. En aquellos días nadie hablaba de obsesiones, represiones o complejos, y dudo que el actual uso simplista de estos términos ofrezca una respuesta satisfactoria. Tanner formaba parte de nuestras vidas y nada más; una vieja cascarrabias, aunque una criada fiel y una excelente cocinera. No sé qué habría sido de nosotros sin ella.



Después de comer recibí mis regalos de cumpleaños: una sarta de cuentas azules de Sylvia, pañuelos de madre y, de padre, para mi sorpresa y regocijo, un libro titulado *Baladas, antiguas y modernas*.

—Puede que aún sea demasiado avanzado para ti —dijo con una tenue sonrisa al ver mi entusiasmo—, pero más adelante te gustará.

¡Qué más tarde! Para qué esperar a más tarde cuando un vistazo a su interior puso todos mis sentidos alerta con:

Oh, es Keith de Eastholm quien tan presto cabalga, hermana Helen,  
pues conozco la alba crin que como el rayo avanza.

¡La hora ha llegado, ha llegado al fin, hermanito!<sup>6</sup>

Y:

Las colinas ya temblaron con el trueno,  
el corcel a la batalla precipitose entonces,  
y, con mayor fuerza que el relámpago en el cielo,  
la artillería roja brilló sobre los montes.<sup>7</sup>

¡Oh, qué precioso, preciosísimo libro! Cuántas horas de felicidad me brindó. Cómo lloré por lady Rosabelle<sup>8</sup> y cómo reí con el resuelto John Gilpin.<sup>9</sup> Cómo se agitaba mi caballo mientras galopaba con Dirk y Joris a través de la noche para llevar la buena noticia de Gante

<sup>6</sup> Versos de *Sister Helen*, poema de Dante Gabriel Rossetti (1828-1882).

<sup>7</sup> Versos de *Hohenlinden*, poema de Thomas Campbell (1777-1844).

<sup>8</sup> Lady Rosabelle es la heroína de *The Lay of the Last Minstrel*, de Walter Scott (1771-1832).

<sup>9</sup> John Gilpin es el protagonista de *The Diverting Story of John Gilpin*, balada cómica de William Cowper (1731-1800).

a Aquisgrán.<sup>10</sup> ¡Cómo se me rompió el corazón en las tristes vegas de Yarrow!<sup>11</sup> ¡Oh, mi maravilloso libro! Aún lo tengo y aún lo leo...

Después de ver mis regalos, tuve que dejarlos a un lado hasta el día siguiente, pues era domingo y los domingos no jugábamos ni leíamos otros libros que no fueran la Biblia o *El progreso del peregrino*,<sup>12</sup> que odiaba y temía por las ilustraciones, haciendo que me perdiera la belleza del texto. Por las tardes solíamos ir a pasear con Tanner y, después, madre se quedaba en casa y nos leía un libro de relatos de la Biblia o tocaba y cantaba con nosotras al piano, con su cortinilla de seda roja y los lustrosos candelabros que nunca se usaban. No era una gran intérprete, pero se consideraba que aquellas últimas horas de domingo tenían una influencia vivificante en los niños, así que semana tras semanas escuchábamos «Cuando el pueblo salía de la iglesia»<sup>13</sup> —pom, pom— y «Ningún ojo había contemplado, mi dulce hijo. Ni oído alguno escuchado cantos de tal regocijo»<sup>14</sup> y el resto de los disparates sentimentales que la gente se tragaba en aquellos tiempos y que me procuraron numerosas horas sin dormir, mientras me regodeaba en mi desdicha. Sylvia se ponía a cantar de pie junto a madre, con la mano apoyada en su hombro, lista para pasar de página la partitura en cuanto ella asintiera. Tenía una voz dulce y aguda, y solían formar algo parecido a un dueto.

«Madre, si desde el cielo puedes oír —cantaba Sylvia— la súplica de tu huérfano, oh, llévame contigo; oh, llévame contigo».<sup>15</sup>

Y se las veía tan bonitas, las dos juntas a la luz de gas, que parecía que se tuvieran que elevar atravesando el techo allí mismo.

<sup>10</sup> Alusión al poema *How They Brought the Good News from Ghent to Aix*, de Robert Browning (1812-1889).

<sup>11</sup> Alusión a la balada de frontera *The Dowie Dens o Yarrow*.

<sup>12</sup> Alegoría cristiana de 1678 escrita por John Bunyan (1628-1688).

<sup>13</sup> Verso de la canción *Ora pro nobis*, de Henry Théodore Pontet (1833-1902).

<sup>14</sup> Verso de *The Better Land*, de Felicia Dorothea Hemans (1793-1835).

<sup>15</sup> Versos de la canción *Ora pro nobis*, de Henry Théodore Pontet.

Se suponía que yo no tenía oído para la música, así que solía acurrucarme en la alfombra de la chimenea y las dejaba solas. Odiaba los domingos por la tarde. Por algún motivo, siempre me sentía malvada; empezaba con una sensación irracional de culpabilidad cuando tañían las solemnes campanas de la iglesia de San Marcos al final de la calle y crecía inexorable conforme transcurría la velada, siguiendo con la belleza trágica de Ruth y Noemí o los horrores de Daniel, y después con el sufrido lamento del *Ora pro nobis*, hasta que se me atragantaba la leche con pan por la firme convicción de mi condena y última tortura.

Sylvia se parecía mucho a madre, aunque nunca fue tan bella. Su cabello era una nube de bucles pálidos que ni la lluvia ni el viento ni la niebla alteraban. Sus ojos también eran marrones y su cara, redonda y rosada, tenía un profundo hoyuelo en cada mejilla y otro en el mentón. Estaba muy satisfecha consigo misma y con la vida en general. A veces, mientras se cepillaba el cabello, me miraba con verdaderas lágrimas de compasión en los ojos.

«Pobre Ruan —decía con voz suave—. No te preocupes, ¡tú eres mucho, muchísimo más inteligente que yo!». Desde luego, no se le podía reprochar falta de franqueza.

Por extraño que parezca, la superioridad de sus atractivos no me causaba aflicción. Yo estaba tan encantada con mi inteligencia como Sylvia con su aspecto y, si no hubiera sido por mi pelo, mi satisfacción habría sido completa.

Quince años más tarde, mi pelo se habría considerado de lo más chic, pero en aquellos días no se conocía el corte Eton y llevar el cabello corto se veía algo ridículo. Tenía el cabello muy oscuro, liso y grueso. Era tan duro que nadie lograba domarlo y parecía imposible dividirlo. Así que madre me lo cortó y me lo cepilló pegado al cráneo, como un chico. Luego se rio con cierto pesar.

—¡Mi pobre Ruan! En cualquier caso, tu cabeza tiene una forma preciosa. Nadie lo habría imaginado bajo esas greñas.

La primera vez que fui a la capilla con el pelo corto, la vieja señora Galloway me miró de hito en hito, chasqueó la lengua y se volvió hacia madre con conmiseración.

—¿Liendres? —inquirió lacónica.



El día de mi cumpleaños, después de almorzar, me mandaron con Tanner y Clem. Sylvia tenía un leve catarro —o un moqueo de lo más persistente— y se quedó. Esa tarde hacía calor y no corría el aire, por lo que las calles estaban muertas bajo el peso del domingo. Yo quería ir al parque a dar de comer a los patos, pero Tanner se hallaba de un humor pésimo. Creo que estaba enfadada porque madre había dedicado a Clem más atención de la habitual, se había reído de sus monerías solemnes y enternecedoras, y hasta había depositado un raro beso en su cabeza cuadrada y tupida antes de que nos marcháramos. Así que nos arrastramos por las calles, cada vez con más calor y cada vez más enfadados; parecía que faltaba una eternidad para la hora del té.

De pronto me detuve en seco y ahugué un grito. Me agarré con fuerza a Tanner. Comencé a temblar de la cabeza a los pies, con las piernas débiles como tallos de margarita.

—¡Mira! ¡Elefantes!

En efecto, eran tres elefantes: dos adultos gigantescos, sus flancos de un gris severo bamboleándose sobre sus colosales músculos, las cabezas venerables moviéndose a un ritmo selvático vagamente recordado, y una cría, diminuta en comparación; un niño mimado con su abrigo de escarlata y oro, adornado con cascabeles, que trotaba tras ellos con un aire de lo más presumido.

Seguía a los elefantes una fila de caravanas, radiantes al sol con su pintura verde y escarlata, herrajes brillantes y niveos visillos. Había visto ilustraciones parecidas en libros, por lo que sabía que dentro vivía gente malvada; gente que te raptaba y te arrebatava de

tu dulce hogar en cuanto te echaba el ojo. Gente que te pegaba y te obligaba a vender escobas de puerta en puerta. En ese momento vi a algunos, asomados a las ventanas de las caravanas, saludando sonrientes con la mano. Sus dientes blancos resplandecían y sus pañuelos de colores alegraban la vista. Pero me pegué a Tanner, llena de recelo y haciendo rápidos planes para portarme mejor por si tenía que pedirle a Dios que me librara de sus temibles garras.

Tras las caravanas llegaron los ponis, una docena de adorables caballitos de color crema, las crines trenzadas en azul y rojo, sus largas colas barriendo el polvo, los diminutos cascos relucientes. Y tras los ponis, más caravanas. Luego los caballos: criaturas grandes, impecables, lustrosas, domadas hasta el tuétano. Los seguían nuevas caravanas, de las que emergían amortiguados chillidos y rugidos, misteriosos y emocionantes.

Y entonces, por último, llegó el payaso.

Vi un traje de algodón a rayas, una cabeza rosada y calva, una cara blanca atravesada por una inmensa sonrisa carmesí, como una herida que sangra, y cejas pintadas con unos exagerados arcos negros. El payaso corría junto a las caravanas, tropezando y lanzando gritos, y a cada poco daba una docena de volteretas laterales y vociferaba: «¡Ya estamos aquí otra vez!».

La sangre se me heló en las venas. Nunca en toda mi vida había visto ni imaginado algo tan repugnante y aterrador.

De nada servía pegarme a Tanner. Ella solo podría salvar a uno, y sería Glem. Si la agarraba, lo más probable es que arruinara sus posibilidades de sobrevivir...

El payaso se acercaba cada vez más. Me miraba fijamente con aquella cara horrible. No tenía la menor duda de que había llegado mi hora.

«Ay, Dios —chilló mi pobre alma—. ¡Ay, Dios mío!».

Eché a correr por la calle. Corrí como una necia, cegada por el pánico, justo en el trayecto del payaso que daba volteretas. Y tropezó conmigo, de tal manera que ambos caímos sobre el polvo del camino.

Casi antes de caer ya estaba en pie de nuevo. Pero no me había levantado sola; el payaso me cogió. Sentí sus fuertes manos encima. Noté su aliento en la cara, horrible aunque extrañamente emocionante.

—¡Hooopla! —exclamó el payaso, con una voz más amable que los ángeles—. ¿Te has hecho daño, cielo?

—N... no —tartamudeé estremecida.

—¡Así me gusta!

Sentí algo cálido en la mejilla. Cuando me la toqué, la mano estaba húmeda y manchada de rojo.

El payaso me había besado...

Entonces se alejó de nuevo, dando saltos y volteretas sin dejar de vocear: «¡Ya estamos aquí otra vez!» ante el lento goteo de espectadores.

Mientras subíamos por Saint Mark's Road, Tanner era presa de una fuerte agitación y no dejaba de reprenderme y reñirme y amenazarme con castigos terribles como «se chivara» de lo que había hecho. Pero apenas la oía. Era yo quien se iba a chivar. Quería que todos supieran que ya no tenía miedo de la gente del circo, que no eran en absoluto malvados, sino amables, inteligentes, dulces y alegres, y que por favor me dejaran ir a verlos a sus grandes carpas blancas en el recinto ferial. Eso era lo que tenía previsto decir.

En cuanto llegamos a casa, Sylvia salió a toda prisa al recibidor, henchida de importancia. Llevaba puesto su mejor delantal, el de los volantes plisados, y llevaba el pelo recogido con un lazo azul.

—¡Ha venido un chico a tomar el té con el señor Day y Rosie! —me bisbiseó—. Por tu cumpleaños. Un chico mayor. ¡Es encantador! Sabe atar nudos como los marinos y ha hecho un conejo con su pañuelo. Se llama David y va a quedarse esta noche con nosotras, en vez de madre, ¡y va a hacer trucos!

En ese momento se detuvo para mirarme, como era esperable.

—¡Ruan! Pero ¿qué te ha pasado? ¡Estás hecha un desastre!

Sí que lo estaba. Tenía la cara sucia. El sombrero se me había caído hacia atrás. Las medias se me habían roto por las rodillas y una enorme raya negra atravesaba el delantero de mi nuevo abrigo crema. Y mi mejilla lucía la huella roja del beso.

—¡Me ha besado un payaso! —dije, rompiendo a llorar sin motivo alguno, dado que estaba contentísima.

—¡Ruan, no mientas! ¿Cómo te va a besar un payaso?

—¡No miento!

—¡Bueno, pues más te vale que madre no te pille con esa pinta!

—Quiero ver a David.

—¡Por Dios bendito!, deja que primero te limpie Tanner.

—Quiero ver a David —repetí tozuda mientras me encaminaba a la puerta del salón.

—¡Ruan, vuelve! ¡No estás presentable!

Sylvia me agarró, pero le propiné una patada experta y le des hice su estúpido lazo azul de un tirón.

—No me importa mi aspecto. ¡Te digo que quiero ver a David!  
Eché a correr escaleras arriba y me dejó sola.

Y así, en cilicio y ceniza, entre lágrimas y una cierta gloria, fui a conocer a mi amor...